

Psicopatología del desempleo

José Buendía^(*)

Universidad de Murcia

Resumen: Se examina el impacto psicológico que produce el desempleo considerado como uno de los eventos de vida más estresantes.

Se señalan los efectos psicológicos más frecuentes provocados por el desempleo, entre los que destacan el aumento de sintomatología depresiva, los sentimientos de inseguridad y de fracaso, la pérdida de autoestima y el deterioro de las relaciones familiares y sociales.

La atención se centra especialmente en el análisis de los factores moderadores de su impacto, entre los que sobresale el apoyo social percibido que facilita las dimensiones cognitivas de resolver problemas y reafirma la propia identidad individual, aumentando así las estrategias de afrontamiento.

Palabras clave: Desempleo; evento de vida; stress; apoyo social; autoestima; depresión.

Title: Psychopathology of unemployment.

Abstract: The psychological impact caused by unemployment, considered to be one of life's most stressful events, is examined.

The psychological effects which unemployment most frequently produces are highlighted, particularly an increase in depressive symptomatology, feelings of insecurity and of failure, loss of self-esteem and the deterioration of family and social relationships.

Attention is especially focused on the analysis of factors which moderate its impact, among which conscious social support stands out, helping with the cognitive aspects of problem solving and reaffirming the personal identity of the individual, thus increasing the range of coping strategies at his disposal.

Key words: Unemployment; life's events; stress; social support; self-esteem; depression.

Introducción

La contribución de las ciencias sociales y de la salud a la comprensión del fenómeno del desempleo, así como a la elaboración de estrategias para resolverlo, es todavía muy limitada y bastante desigual respecto de unos países a otros. Mientras en los países industrialmente avanzados se han llevado a cabo diversas investigaciones, en los países en vías de desarrollo los estudios son muy escasos o prácticamente nulos, tal vez debido a la escasez de recursos

^(*) **Dirección:** Deptº de Metodología y Análisis del Comportamiento. Facultad de Filosofía, Psicología y Ciencias de la Educación. Universidad de Murcia. 30071 Murcia (España).

disponibles para la investigación, y/o porque la atención se ha dirigido a otros problemas considerados más graves y apremiantes como el hambre la guerra o la pobreza.

Por otro lado, muchos de los trabajos realizados se limitan a describir de una forma fragmentaria y parcial el fenómeno sin llegar a abordar los procesos profundos que tienen lugar y las implicaciones que estos producen en las personas que padecen el desempleo, sobre todo cuando se trata de un desempleo de larga duración.

Aspectos como los efectos del desempleo en las relaciones familiares y sociales, o los pensamientos y sentimientos que origina sobre uno mismo, cómo cree el desempleado que es visto por los demás, o cómo los otros ven realmente a la persona sin empleo, son cuestiones que tienen una importancia capital, aparecen al mismo tiempo como encadenadas entre sí y nos constriñen a tener que plantear los problemas centrales y consecuentemente a poder examinar por qué se producen tales problemas y qué consecuencias tienen para el ajuste emocional y social de estas personas.

Al mismo tiempo para abordar el fenómeno del desempleo desde una perspectiva psicológica, y más concretamente en relación con los efectos psicopatológicos que produce, es necesario tener en cuenta la función que juega el trabajo en la vida social. Obtener un empleo es una expectativa social y cultural adquirida desde la infancia y desde entonces continuamente reforzada a través de las influencias de la escuela, la familia y los medios de comunicación; y cuando el individuo logra insertarse en el mundo del trabajo, accede a un nuevo status y a una nueva identidad social. El desempleo interrumpe este proceso con lo que va a generar una nueva experiencia de derrota y de fracaso.

La relación entre trabajo y sociedad y la importancia que el trabajo tiene en la vida humana son aspectos que nos proporcionan la perspectiva adecuada para analizar y poder comprender las principales dimensiones del paro laboral. En este sentido una veterana en el estudio del desempleo, Marie Jahoda, ha propuesto un sistema para entender la situación que atraviesa el desempleado. Para ello distingue entre las **funciones manifiestas** y las **funciones latentes** del empleo (Jahoda, 1979). Las funciones manifiestas del empleo, como son el salario y las condiciones de trabajo, son las que más a menudo justifican los sentimientos negativos de los trabajadores hacia el empleo. Las funciones latentes del empleo son aquellas que justifican la motivación positiva de los trabajadores hacia el empleo, incluso cuando el salario y las condiciones de trabajo no son buenas.

Jahoda señala cinco funciones latentes: (1) el empleo impone una estructura del tiempo; (2) implica regularmente experiencias compartidas y contactos con la gente fuera del núcleo familiar; (3) vincula al individuo a metas y propósitos que rebasan el propio yo; (4) proporciona un status social y clarifica la misma identidad personal; y (5) requiere una actividad habitual y cotidiana. Jahoda expone y desarrolla estas consecuencias latentes objetivas del trabajo en complejas sociedades industrializadas, ayudando de esta forma a comprender la motivación para trabajar más allá del objetivo primordial de "ganarse la vida".

Tras estas primeras reflexiones, la cuestión que se nos plantea es por qué el desempleo aparece como **psicológicamente destructivo**, incluso en aquellos casos en que están garantizados los ingresos económicos.

Desde este punto de vista, consideramos necesario profundizar en el tremendo factor de tensión que representa el desempleo para un alto número de individuos que no encuentran trabajo por primera vez o que habiendo desempeñado alguna actividad profesional, se encuentran privados de poder ejercerla. Si nos basamos en lo que la gente dice, el desempleo constituye la peor experiencia desde el punto de vista subjetivo. Tengamos en cuenta que el desempleo representa para el individuo un cambio en la estructura social a la que ya estaba habitua-

do, y es evidente que el individuo humano necesita un sentido de estructura y una finalidad o ideal para poder vivir; ideal y estructura que para la inmensa mayoría de la gente deriva y procede de su trabajo. Ser desempleado supone por tanto para muchos un atentado a ineludibles necesidades humanas, a no ser que se hayan elaborado formas alternativas de satisfacer dichas necesidades.

Es verdad, como señala Jahoda (1982), que el empleo actual no es la única estructura que satisface esas necesidades en las sociedades industrializadas; pero hoy por hoy es la única dominante y la única que combina la provisión automática de estas categorías con la satisfacción de la necesidad primordial de "ganarse la vida". De todas formas el argumento que todavía algunos mantienen que el malestar psicológico de los desempleados se debe a la privación económica y que este podría evitarse mediante subsidios de desempleo más adecuados, estimamos que es insostenible, ingenuo y superficial, cuando no una prueba flagrante de frivolidad.

El desempleo no significa solamente un individuo sin recursos económicos o sin trabajo remunerado, significa también y principalmente una persona que ha perdido su trabajo. Significa una persona en cierta manera *mutitada*, lo cual podría descubrir algunas de las claves tanto de ciertos comportamientos sociales como de algunos trastornos afectivos o psicofisiológicos (Amiel, 1986; Sasseville y Grinberg, 1987; Schwefel, 1984; Viney, 1985).

Es evidente que esta situación laboral es vivenciada e interpretada de manera diferente de acuerdo con una serie de circunstancias individuales y del tipo de recursos psicológicos del que dispone cada uno para afrontar el problema.

Nuestro planteamiento inicial era particularmente cognitivo: cómo el desempleo influye en la forma de percibirse uno mismo, cómo cree el individuo que es visto por los demás y la valoración que hace de los recursos con los que cree contar para enfrentarse a la situación.

Autoconcepto y paro laboral

Diversos autores al referirse a los efectos del desempleo hablan de pérdida de autoestima, de sentimientos de inseguridad y de fracaso, de una experiencia de degradación social, de vergüenza o sentimientos de culpa etc., todo lo cual revela un cambio importante en el autoconcepto del individuo (Borrero, 1980; Shamir, 1985; Apple, 1986; De Grace y Joshi, 1986; Tenneu y Herzberger, 1987). En este sentido tal vez el aspecto más importante es que normalmente no nos vemos a nosotros mismos, no tenemos conciencia de nosotros al menos de forma permanente; sin embargo en la situación de desempleo uno de los efectos psicológicos más significativos que se producen, posiblemente sea el aumento de la autoconciencia hasta un grado a veces que puede resultar enfermizo (Kelvin y Jarret, 1985).

El individuo normal llega a ser consciente de sí mismo sobre todo en situaciones que para él son nuevas o extraordinarias, como vivir en otra ciudad, estar con gente desconocida o comenzar una actividad laboral nueva. Todas estas situaciones aparecen inicialmente como "extensiones" del propio individuo y posteriormente si permanecen se convierten en una parte de él. El proceso que tiene lugar podemos denominarlo "internalización", y mediante el cual lo que comenzó siendo nuevo y externo, es incorporado e integrado en un esquema. Una vez que ha sido internalizado, normalmente se desprende de la conciencia, aunque no necesariamente; y por el hecho de pertenecer a nuestro esquema dejamos de observar y analizar esas ideas.

Cuando el individuo tiene un trabajo, desarrolla de forma automática una serie de conductas en las que utiliza sus propias capacidades y habilidades, y determinados instrumentos co-

mo las máquinas, los libros, etc. Todo esto habitualmente con el mismo itinerario, los mismos ejercicios, el mismo esfuerzo, hasta que llega un momento en que se pierde el empleo o incluso hasta que se produce la amenaza de perderlo. La misma noticia del despido desencadena la observación y análisis de la situación presente y de las posibles alternativas de futuro. Aunque todavía continúan determinados modelos de conducta relacionados con el trabajo, la mera noticia de despido provoca importantes cambios psicológicos (Kasl, Gore y Cobbs, 1975), motivados por la misma percepción o valoración cognitiva del evento stressante. El desempleo proporciona al individuo una nueva información sobre sí mismo al observarse cómo responde a esa situación y cómo es visto por los demás, lo que le induce a una modificación de su propio autoconcepto y a una cierta dislocación psicológica. Aunque estos dos aspectos -la forma en la que el desempleado se percibe a sí mismo y la forma en que cree ser visto por los demás-, se combinan y entremezclan entre sí, es importante tratar de separar estos dos componentes.

Disponemos de suficientes trabajos que ponen de manifiesto dos reacciones que se producen en un primer momento: ante la noticia de despido el individuo es consciente de estar atravesando una situación de "shock", y cuando llega realmente el desempleo es muy frecuente que durante un tiempo tenga la sensación y quiera aparecer ante los otros como quien está "en vacaciones" (Hill, 1978; Kelvin y Jarret, 1985; Swinburn, 1981), lo cual supone que todavía no se identifica a sí mismo como desempleado. Pero llega un momento en que el individuo ya no puede seguir viendo su situación como unas vacaciones sino que se considera como uno más del colectivo de desempleados, y es aquí cuando cobran especial relieve el resentimiento, los sentimientos de frustración, de inseguridad y de fracaso, que necesariamente conducen a un déficit de autoestima, y a considerarse en cierta medida como un ser anormal, rechazado como inepto por la máquina económica. El concepto de estar de vacaciones era algo inherente al mundo del trabajo que le impedía tomar conciencia de ser desempleado; cuando se produce este reconocimiento tiene lugar un cambio cualitativo muy importante en la percepción de sí mismo. En la situación "de vacaciones" todo parecía depender todavía del propio control. El desempleo crea el sentimiento contrario, se trata ahora de una situación fuera del control de uno. El *locus* de control interno en un principio llega a transformarse en *locus* de control externo. Es entonces cuando la situación comienza a ser vivenciada como una degradación social, como la privación de un status honorable. Se trata por tanto de algo inconfesable. En muchos casos el individuo reacciona con vergüenza e intenta ocultarlo, lo que al mismo tiempo le priva de posibles medidas de apoyo social, especialmente ante la búsqueda de un nuevo trabajo.

Este sentimiento de degradación viene favorecido por una serie de procedimientos burocráticos a los que ha de someterse si quiere tener acceso a determinadas prestaciones. Tiene que hacer cola normalmente, permanecer de pie o sentado, responder a una serie de preguntas burocráticas que le hacen otras personas "superiores" a él, todo lo cual le lleva a considerarse como un ciudadano de segunda clase, que tiene que admitir una cierta invasión de su intimidad.

Efectos de la percepción social

Por otro lado el desempleo afecta también a las relaciones con los otros. La reducción de contactos sociales y el deterioro de las relaciones familiares son así mismo consecuencias demasiado frecuentes. El desempleo conlleva una desvalorización ante los otros que en algunos casos llegan a excluirle de determinadas actividades sociales, o bien es el propio desempleado

el que se excluye por los sentimientos de vergüenza a los que nos hemos referido, o en otros casos debido a la falta de recursos económicos. Esta desvalorización se hace especialmente acuciante ante la familia, por el hecho mismo de no poder aportar el sueldo mensual, sobre todo cuando se trata del padre que suele aparecer ante la mujer y los hijos, sobre todo en ciertos sectores, como el único responsable de la economía familiar. El desempleo suele aumentar las tensiones y conflictos familiares, por lo que representa también una amenaza a la principal fuente de apoyo social y de relaciones estables de que dispone el individuo en nuestra sociedad, la familia.

Para poder comprender de un modo adecuado los efectos que tiene el desempleo en las relaciones sociales, de nuevo hay que tener en cuenta la función que juega el trabajo en la vida social, aspecto al que ya nos hemos referido anteriormente. La persona desempleada tiende a percibir su nueva situación en contraste con las aportaciones que le proporcionaba su inserción en el mundo del trabajo. En este sentido el desempleo provoca la ruptura de una serie de contactos en el medio social del individuo, y la pérdida de amigos relacionados con el trabajo. La característica psicológica más importante que proporciona el trabajo es que sitúa al individuo en una red de relaciones sociales con un lugar definido y una determinada función dentro de una estructura social, hasta el punto de que la gente aparece categorizada por el trabajo en términos de clase, nivel e influencia, estableciendo jerarquías y agrupaciones, amigos y relaciones sociales, de todo lo cual deriva un sentimiento de seguridad, reconocimiento, dominio y comprensión (Fagin, 1987). El desempleo representa, por el contrario, la ruptura de ese sistema de relaciones, y la desintegración de expectativas y modelos de comportamiento asociados a dichas relaciones.

Consecuencia de todo ello es que la situación de desempleo llega a perturbar al individuo provocando en él sentimientos de inferioridad ante la pérdida de autoestima y la minoración del status social. Al mismo tiempo el desempleado se ve impelido a tener que autoobservarse continuamente, aunque sólo sea por el mucho tiempo del que dispone, por lo que no sólo es consciente de ser distinto a los demás compañeros por el hecho de haber sido privado de una serie de lugares y funciones en los que anteriormente se había sentido instalado, sino también se percibe diferente en la autoconciencia que tiene de sí mismo.

Por otro lado el concepto que tiene de sí mismo está profundamente influenciado por la forma en que es visto y tratado por los otros. Dentro del núcleo familiar el desempleado es percibido como quien tiene "un problema", hasta el punto de convertirse en muchos casos en un problema para ellos como persona (Kelvin y Jarret, 1985) y no sólo como el que ha fracasado en el área de la actividad laboral. De esta forma polariza los modelos básicos de relaciones familiares, generando dependencia tanto desde el punto de vista económico como psicológico, dependencia que va a hacer a la persona desempleada especialmente vulnerable. Y en el ambiente social, si no encuentra colocación dentro de un plazo de tiempo razonable, empieza a ser considerado como incompetente, pusilánime o lo que es peor holgazán y perezoso. Generalmente se le hace responsable de su situación sobre todo en ciertos ambientes donde estas imágenes aparecen divulgadas hasta la saciedad: "el que no trabaja es porque no quiere". Inútil decir que dicha visión del problema es un simple modo de aprensión o percepción, no de conocimiento. Estos prejuicios o clichés relacionados con los desempleados desempeñan un papel principal a la hora de explicar la tendencia a refugiarse en sí mismos que observamos en muchas de las personas que han perdido su trabajo. El problema laboral existente parece agravarse precisamente con las relaciones sociales y familiares, en vez de encontrar apoyo y comprensión en ellas.

Pero la mirada de la gente al desempleado no es inocente, acarrea desde hace años un cúmulo de apreciaciones negativas (ociosidad, descuido, inutilidad, resignación, fraude) difíciles de extirpar.

El investigador de buena fe que se propone abordar el tema sin anteojeras ni prejuicios, despojado de todo lastre clasista o despótico y desde una perspectiva de simpatía crítica hacia el mundo de los trabajadores y desheredados, tropieza de entrada con los prejuicios a los que nos hemos referido, pero también con el problema de la gran variedad de situaciones sociales existentes. Cómo comparar por ejemplo el status de un joven con estudios universitarios y abundantes recursos familiares con el de un campesino pobre y a menudo analfabeto o con el padre de familia obrero sin cualificar? ¿Qué relación podemos establecer entre la vida social y privada de una mujer casada ama de casa, de un joven burgués miembro de una familia que le proporciona apoyo o la de un trabajador "resignado" ya a no poder encontrar trabajo?

Es verdad que muchos de los efectos psicológicos que produce el desempleo intervienen en mayor o menor grado en cualquier persona que durante cierto tiempo se encuentra en situación de paro laboral; pero esta situación es vivenciada de manera diferente según el tipo de recursos psicológicos que cada persona pueda desarrollar, y por la forma particular de cada individuo de percibir las situaciones. De igual forma las consecuencias del paro dependen de variables como el sexo, edad, duración del desempleo, recursos económicos, o apoyos sociales, expectativas de encontrar empleo, valor o compromiso establecido con el trabajo, así como de rasgos idiosincrásicos y de personalidad diferenciales como ya hemos señalado (Vino-kur, Caplan y Williams, 1987; Fryer y Payne, 1984; Jackson y Warr, 1984; Frese y Mohr, 1987).

En general, la mayoría de los autores han tratado los efectos del desempleo en el trabajador adulto, incluido el joven adulto, pero rara vez se refieren al desempleo juvenil, a la situación de los jóvenes que salen de la escuela. Tengamos en cuenta que al final del periodo de educación o de preparación para el trabajo, cada individuo joven espera acceder a un nuevo status y a una nueva identidad social, gracias a su inserción en el mundo del trabajo. Aparte de su importancia económica, la obtención de un empleo tiene gran significación psicológica y cultural.

Por otra parte todo lo que hemos dicho hasta aquí está referido a la situación del hombre desempleado. Apenas existen estudios sobre la mujer desempleada, y cuando se aborda el problema aparece en cuanto mujer de un desempleado o madre de los hijos de un hombre en paro. Se pone el acento casi exclusivamente en el importante rol que desempeña en el mundo familiar (Kelvin y Jarret, 1985). Para una mujer casada su tarea principal son las labores de casa; el trabajo en el sentido de empleo es considerado todavía como algo secundario y sus ingresos como adicionales a las ganancias del marido.

El desempleo no parece producir en la mujer un sentimiento de fracaso al menos en el grado en que tiene lugar en el hombre. Tener un empleo no significa lo mismo para la mujer que para el hombre, no parece ser tan indispensable en la representación social del concepto de mujer, como lo es en el caso del hombre, y esto incluso en países donde la incorporación de la mujer al trabajo ha alcanzado cotas muy elevadas.

La mujer desempleada sobre todo cuando ha ocupado anteriormente puestos de trabajo, puede estar tan aburrida, frustrada, ansiosa o socialmente aislada como el hombre, pero parece menos probable que lo perciba como una situación degradante. De todas formas algunos de estos aspectos requieren ser investigados con mayor profundidad y precisión.

Dos grupos diferenciados: los jóvenes sin empleo anterior y los adultos que han perdido su trabajo

Con el fin de analizar mejor los aspectos psicológicos y psicopatológicos del desempleo, pueden establecerse dos grandes grupos claramente diferenciados: los jóvenes y los adultos. Al mismo tiempo en el segundo grupo -el más examinado por los distintos investigadores- pueden considerarse una serie de fases en cada una de las cuales los individuos tratan de responder, al parecer, de diferente manera a la situación de desempleo, observándose un deterioro progresivo en la capacidad de reacción.

Para los jóvenes, el desempleo (paro juvenil) supone principalmente una prolongación de dependencia de los padres, al tiempo que suelen vivenciar esta situación como una circunstancia externa a ellos mismos. En un primer momento suelen responder con agresividad, (Tarilonte, 1983) al ser rechazado su demanda de trabajo. Pasada una fase de rebelión, el desempleo les conduce a una marginalización que proporciona la propensión hacia vías alternativas de socialización no deseadas como puede ser la delincuencia o la radicalización política. En muchos casos el desempleo es vivido como una experiencia de fracaso que acarrea un retraimiento marcado por la depresión, una disminución de las relaciones sociales y pasividad; es como un sentimiento insidioso que lo invade todo, de estar sólo e indefenso en un mundo hostil. Se encuentran encerrados en su familia mirando la televisión o escuchando música, faltos de objetivos y con un sentimiento de vergüenza ante su propia familia especialmente cuando ésta ha realizado verdaderos sacrificios para prepararles profesionalmente. Las relaciones familiares suelen deteriorarse con frecuencia, ya que la presencia del joven desempleado en el hogar constituye una carga pesada que es preciso soportar; continuamente sufre el reproche a su pereza y pasividad (Touraine, 1988; Olafson y Svensson, 1986; Winefield y Tiggeman, 1989). En un estudio realizado en Birmingham, pudo constatarse que la frustración y el pesimismo iniciales se transformaban después de un tiempo en resignación y apatía (Stokes, 1981), que quedaban indicadas en la falta de esperanza en el futuro y en el abandono de la búsqueda de un puesto de trabajo después de repetidos fracasos. En otros casos, sobre todo cuando el individuo dispone de formación cultural suficiente, suele dirigir su agresividad contra sí mismo dando lugar a trastornos psicofisiológicos que se concretizan principalmente en problemas digestivos, broncopulmonares y dermatológicos como señala Ortega Ricono (1982). En este sentido destacan los resultados de una investigación realizada en Alemania (Brinkmann, 1981), donde son precisamente los jóvenes quienes se preguntaban con más frecuencia si no tendrían ellos mismos la culpa de estar desempleados.

Los adultos por su parte, suelen responder a la pérdida de empleo con sentimientos de inutilidad, disminución de la autoestima y angustia, lo que provoca trastornos de índole depresiva principalmente. Algunos autores hablan de distintas fases o etapas psicológicas del desempleo; la literatura sobre estas etapas comienza en los años treinta pero muchos de los aspectos allí tratados permanecen plenamente vigentes en la actualidad (Fagin, 1987; Kelvin y Jarret, 1985). De hecho la noción de que los cambios en la conducta durante el desempleo constituyen una secuencia de fases, ha llegado a ser algo muy básico en las discusiones y análisis actuales del desempleo, hasta el punto que podría hablarse de un paradigma de cara a la investigación.

Pero tal vez lo más importante no sea tanto describir las distintas etapas, sino identificar los factores que determinan el paso a la etapa siguiente. En este sentido los periodos de transi-

ción de una fase a otra alcanzan especial relieve, especialmente de cara a las medidas que podrían tomarse para amortiguar los efectos debilitadores que produce el desempleo.

Fases psicológicas ante la pérdida de empleo

Generalmente la gente reacciona con perplejidad ante la llegada del desempleo. Los anuncios de despido suelen recibirse con mezcla de escepticismo y de miedo. Hay un sentimiento de desorientación y de confusión acompañado de una sensación de fracaso y de incapacidad de hacer planes para el futuro. Se trata de la primera reacción de "shock" que suele durar alrededor de una semana.

A este estado le sigue una fase de ligera recuperación, que se caracteriza por un optimismo irreal cuando el individuo aprende a arreglárselas de alguna manera. Tiene la impresión de estar "en vacaciones", lo cual implica que todavía no se considera como desempleado. La pérdida de empleo se percibe como algo que sólo tiene carácter temporal, y muchos llenan el tiempo realizando diversos trabajos de arreglo o mejora en el interior de su vivienda, durante varias semanas.

Pero pronto se produce un momento en que el individuo ya no puede seguir viendo su situación como unas vacaciones y le asalta el temor de estar sin trabajo durante mucho tiempo; es entonces cuando se llevan a cabo una serie de gestiones para encontrar trabajo y las consiguientes experiencias de fracaso en la búsqueda de un nuevo empleo. Cuando todos los esfuerzos fracasan el individuo llega a ser pesimista y a sentirse ansioso, con periodos de melancolía e irritabilidad y en muchos casos con la aparición de trastornos psicofisiológicos. Esta fase es crucial y puede durar varios meses, dependiendo de diversos factores como el apoyo social y la capacidad de afrontamiento personal.

Posteriormente tiene lugar una nueva fase en la que tiene lugar el reconocimiento de la propia identidad de desempleado con todas sus características psicológicas. El individuo llega a ser fatalista y la búsqueda de empleo la realiza ocasionalmente y sin ninguna esperanza de éxito. Tiende a vivenciar el paro como un fracaso personal más que como un fracaso social lo que le conduce al aislamiento. Pasa una gran parte del día durmiendo o viendo la televisión y el tiempo se arrastra lentamente con una sensación de vacío y falta de sentido. En Marienthal los desempleados perdieron incluso el sentido del tiempo; hasta el mismo fin de semana perdió gran parte de su significado como punto de referencia y fue sustituido por el día en que se cobraban los subsidios cada dos semanas (Jahoda, 1982).

La experiencia social se ve necesariamente empobrecida por el cambio en la estructura de la vida cotidiana y por la tendencia a apartarse de la vida social al sentirse avergonzados e inseguros. Al mismo tiempo la vergüenza del fracaso se ve agravada a menudo por la indiferencia y el desprecio de los otros que les consideran débiles y merecedores por tanto de marginación. La depresión que resulta de este largo proceso se manifiesta en ciertos momentos en una intensa amargura con impulsos de cólera ideas suicidas o abuso del alcohol y de tabaco.

Trastornos Psicofisiológicos

Los trastornos psicofisiológicos se centran principalmente en el aparato circulatorio, presentándose determinados cuadros patológicos, que comenzando por proceso hipertensivos elaboran cuadros arteroescleróticos que van desde simples trastornos vasculares hasta varios problemas que pueden desembocar en isquemias cardíacas graves (Ortega Ricoma, 1982).

Diversas afecciones psicofisiológicas se han advertido principalmente en personas que tenían historiales de tales trastornos aunque con menos frecuencia o con menos gravedad que durante los periodos prolongados de empleo. Aunque son pocos los trabajos que abordan estos aspectos, son de destacar los resultados de alguno de ellos como el llevado a cabo en Detroit (Kasl *et al.*, 1975), donde se ha efectuado un seguimiento de los cambios producidos en la salud durante la etapa de trabajo y a lo largo de las distintas fases de desempleo, observándose un aumento significativo en los niveles de ácido úrico y colesterol en la sangre especialmente cuando los desempleados carecían de apoyo emocional por parte de sus familias. La presión sanguínea también aumentó, y el café y las bebidas similares tuvieron el efecto de elevar la producción de catecolaminas, como la norepinefrina y la epinefrina, durante el periodo precedente al cierre de la empresa, sobre todo en aquellos hombres que no tenían una situación favorable en sus hogares. En la población estudiada destacaban los pacientes con enfermedades coronarias, dispepsia, inflamación articular e hipertensión.

En otros estudios se han observado también episodios de fatiga respiratoria, insomnio, debilidad, dolores de cabeza, vértigos, inhibición sexual, dolores reumáticos, etc. Los primeros trabajos, como ya hemos señalado, fueron realizados durante la crisis de los años treinta. Es ya clásico el trabajo de Morris y Titmus (1944) donde se analizan las variaciones en la incidencia de la cardiopatía reumática, asociada a cambios en ciertos indicadores macroeconómicos. Ha sido muy difundida la revisión efectuada por Eisenberg y Lazarsfeld (1938) en la que describen los efectos psicopatológicos del desempleo, tales como apatía, resignación, depresión, disminución de la autoestima, etc.; igualmente los trabajos de Bakke (1933, 1940), Beales y Lambert (1934) y Jahoda, Larzfeld y Zeisel (1933).

Recientemente han llamado la atención sobre la relación entre salud y desempleo diversos autores entre los que cabe destacar a Jahoda (1979), Feather (1982, 1983), Warr (1982, 1984), Kelvin y Jarret (1985), Morch (1987), Frese (1987), Winefield y Tiggemann (1989), entre otros.

Nos vamos a referir ahora a los resultados de algunos de estos estudios más recientes que pueden servir de base a la hora de plantear las hipótesis de nuevas investigaciones.

En general los resultados de los distintos trabajos revelan que los parados presentan alteraciones psicológicas significativas cuando se comparan con personas en activo. El parado presenta un descenso de su salud mental general y de su autoestima (Banks, 1980; Stafford, 1980; Johnson-Saylor, 1984; Delivre, 1982). Se ha puesto de manifiesto igualmente el aumento de los estados depresivos y de ansiedad (Brenner, 1973; Hill, 1978; Feather y Davenport, 1981). También se ha constatado un aumento de tensión en las relaciones familiares (Mardsen y Duff, 1975; Rodríguez, Domenech y García, 1982; Voydanoff, 1983; Friedeman, 1986). Otros trastornos señalados por los investigadores son el aislamiento social, la dependencia, los sentimientos de inutilidad, etc.

Estudios como los llevados a cabo por Pothier (1982), aunque no aportan nada específico en el plano físico, sí coinciden con los demás autores en cuanto a los trastornos psicológicos, principalmente de índole depresiva.

Pero, como ya hemos apuntado, las consecuencias del paro no se encuentran de igual forma en todas las personas. Por una parte el desempleo puede ser más difícil de sobrellevar psicológicamente si viene a frustrar grandes expectativas; por otra parte aquellos que gozan de un mejor nivel educativo pueden haber desarrollado unos recursos propios y adquirido unos horizontes más amplios que les ayuden a mitigar algunas de las consecuencias psicológicas del desempleo. Los recursos personales y los apoyos sociales modulan y amortiguan los efectos debilitadores que produce el desempleo.

Depresión y disminución de la autoestima

Algunos de los trabajos más rigurosos se han centrado en los jóvenes, tratando de explorar el ajuste emocional y social de los que al terminar la escolaridad no han encontrado empleo. Gurney (1980), partiendo de las ideas de Erikson, realizó un estudio sobre 400 jóvenes desempleados australianos observando que el desempleo produce una cierta inhibición del desarrollo con problemas de identidad. El hecho de no tener trabajo se asocia con una pobre y confusa percepción de sí mismo.

Donovan y Oddy (1982), por su parte, llegaron a la conclusión de que los jóvenes desempleados eran más depresivos y ansiosos, tenían más baja autoestima y socialmente estaban menos adaptados que los que tenían trabajo.

También Feather (1982) observó mayores niveles de depresión en los jóvenes desempleados y más baja autoestima que en los jóvenes ocupados. La baja autoestima y la apatía para encontrar trabajo estaban asociados con la duración del desempleo.

Banks (1980), aplicó el Cuestionario General de Salud (GHQ) a 647 chicos que habían dejado la escuela, encontrando diferencias significativas entre empleados y desempleados. En un estudio longitudinal anterior Banks y Jackson (1982) llegaron a la conclusión de que el desempleo aumenta los síntomas mentales.

Jackson, Stafford, Banks y Warr (1983) estudiaron longitudinalmente dos cohortes de jóvenes durante los tres primeros años de trabajo, pudiendo observar que la angustia y el malestar psicológico era mayor entre los desempleados, y cómo los cambios en el empleo modifican los niveles de angustia.

Tiggeman (1984) estudió también los efectos psicológicos del desempleo en los estudiantes que salen de la escuela. De los resultados se desprende que el grupo de los que no tenían trabajo estaban peor adaptados, tenían mayor sintomatología depresiva y más baja autoestima.

Morch (1987) por su parte, mediante un estudio de similares características realizado con jóvenes de dieciocho a veinticuatro años, pudo observar mayores niveles de depresión y menos autoestima entre los que no tenían trabajo. La alcoholdependencia y el uso de drogas en general estaban asociados a la duración del desempleo.

Otra importante área de investigación sobre los efectos psicológicos del desempleo se refiere a la influencia de las expectativas y valores sobre el trabajo en la aparición y en la intensidad de los trastornos mentales. Desde un punto de vista teórico se predice que los efectos del desempleo serán más intensos entre los que perciben el trabajo como algo atractivo, tienen altas expectativas de conseguir empleo, y están muy motivados para buscar trabajo.

En este sentido cabe destacar los trabajos de Feather y Barber (1983) de cuyos resultados se desprende que la sintomatología depresiva entre los desempleados es mayor entre quienes consideran el trabajo como algo importante.

Feather, en otra investigación (1983) pudo observar asimismo que las personas que tienen una actitud más positivas hacia el trabajo van a sufrir con más intensidad los efectos del paro.

Locus de control y desempleo

Otras variables también estudiadas más recientemente en relación con el desempleo son el locus de control que parece estar relacionado con el nivel de depresión entre los desempleados (Penta, 1980; Tiggeman y Winefield, 1984) y el tipo de atribución que establecen respecto a su situación de desempleo (Feather, 1983; Ostell y Diver, 1987).

Diversos autores (Hayes y Nutman, 1981; Jahoda, 1982; O'Brien y Kabanoff, 1979) han planteado que las personas desempleadas durante un largo tiempo suelen autoculparse de su situación.

Aunque en este sentido los trabajos de Gurney (1980) ponen de manifiesto que los hombres sin trabajo atribuyen más el desempleo a factores externos que los que están en activo, sin embargo entre los grupos de mujeres no había diferencias significativas lo que podría interpretarse según este autor, en el sentido de que la mujer desempleada siente menos necesidad de culpar a factores externos de su situación.

Feather y Davenport (1981) llegaron a la conclusión de que los jóvenes desempleados suelen culpar a los factores externos de la situación de desempleo.

Gurney (1980) sugirió, tras la realización de un segundo estudio longitudinal, que el joven desempleado puede creer que es incapaz de cambiar su situación (*locus* externo), pero al ver que otros compañeros tienen trabajo mientras que él permanece durante largo tiempo sin empleo puede eventualmente hacerse responsable (atribución interna) de su situación con la consecuencia lógica de autoculpa y autodesprecio lo que a su vez puede tener consecuencias perniciosas para la salud psicológica.

También Furnham (1982) tras analizar las distintas explicaciones dadas sobre el desempleo, estima que entre la población desempleada se atribuye el desempleo a factores sociales externos y al destino con mayor frecuencia que entre las personas que tienen trabajo, que suelen destacar los factores internos como los más importantes. Por otra parte, Tiffany, Cowan y Tiffany (1970), Hayes y Nutman (1981), llegaron al convencimiento de que las personas sin empleo, tienden a atribuir el desempleo más a factores externos que la población ocupada, aunque sólo se trata de una cuestión de grado. Estas atribuciones externas sirven de protección de la autoestima en el contexto de logro como han puesto de manifiesto diversos estudios. En este sentido, como señala Furnham (1982) las mujeres son más propensas que los hombres y los chicos de la clase obrera -con más riesgo de desempleo- más que los de clase media a hacer atribuciones externas.

Tiggeman y Winefield (1984) no obtuvieron diferencias significativas entre empleados y desempleados respecto del locus de control aunque la orientación era de más internos en los primeros.

Estos autores sugieren que las diferencias observadas en autoestima no son debidas en el caso de los más jóvenes a su disminución en el desempleado sino a un aumento de la misma en los jóvenes que obtuvieron trabajo. De todas formas los niveles de sintomatología depresiva siguen siendo más altos en los desempleados, aunque puede admitirse que sea el nuevo "status" de empleo, en el caso de los jóvenes sin empleo anterior, el factor determinante ya que no es "el desempleado quien aumenta los niveles de depresión, sino el joven empleado quien los disminuye" cuando se compara con su situación anterior de estudiante.

Penta (1980), mediante un estudio realizado entre los desempleados que acuden periódicamente a las oficinas de empleo, señala que el locus de control está relacionado con el nivel de depresión entre los desempleados.

En este mismo sentido Patton y Noller (1984) pudieron constatar que en la población desempleada aumentaba el índice de depresión y el *locus* externo de control al mismo tiempo que disminuía la autoestima.

En general podemos señalar que los resultados de las investigaciones sobre los efectos psicológicos del desempleo apuntan a serios y permanentes riesgos para la salud de las personas desempleadas, con la presencia de trastornos especialmente de índole depresiva; pero las reacciones ante el desempleo están mediadas por la forma en que cada grupo explica su situación. Los resultados tienden a apoyar la idea, previamente compartida por muchos, de que el éxito en la obtención de empleo suele atribuirse a factores internos y el fracaso en el empleo a factores externos.

Al mismo tiempo los resultados de diversas investigaciones tienden a apoyar las hipótesis de la teoría de *expectancy-values* más que las de la teoría del desamparo aprendido. Según la teoría reformulada del desamparo aprendido (Abramson, Seligman, Teasdale, 1978), la depresión está asociada con lo interno, estable y con explicaciones causales globales. Así pues la atribución interna tiende a una más baja autoestima, mientras que las atribuciones externas no. Encontramos más sintomatología depresiva en las personas que creen que ellas son las culpables de su situación.

En los estudios realizados con desempleados observamos lo contrario: que las explicaciones externas y estructurales sobre el desempleo suelen estar más asociadas con la depresión que las explicaciones internas e individuales. En este sentido la teoría de *expectancy-values* asocia las atribuciones externas con la depresión, al mismo tiempo que postula que la relación entre depresión y atribución causal está mediada por otros factores como el deseo que tiene la persona por trabajar.

El apoyo social como principal factor amortiguador

Por otro lado el apoyo social se convierte en un importante factor amortiguador en la aparición de alteraciones psicológicas entre las personas en situación de paro laboral. En un estudio longitudinal sobre los efectos del apoyo social (Gore, 1978), pudo evidenciarse que el desempleado sin apoyo estaba significativamente en peor estado físico y psicológico que los que tenían apoyo.

Ullah, Banks y Warr (1985) en una investigación llevada a cabo con 1150 jóvenes desempleados han puesto de manifiesto el papel que juegan el apoyo emocional e instrumental en la disminución de dichas alteraciones.

Keefe (1984) analiza la situación de desempleo como factor stressante, destacando entre sus efectos la disminución de la autoestima y la depresión. Al mismo tiempo pone de manifiesto que el apoyo social aparece como un importante factor amortiguador del stress en estas situaciones. Las personas que creen que les falta apoyo se sienten más reacios para buscar un nuevo empleo, al mismo tiempo que aparecen con mayor sintomatología depresiva.

Depolo (1985) examina los problemas psicológicos del desempleo, las estrategias de afrontamiento y los distintos factores que modulan estos efectos psicológicos entre los que destacan el apoyo social.

Atkinson, Liem y Liem (1986) realizan un estudio longitudinal en Boston sobre el papel que juega el apoyo social desde una perspectiva de modelo amortiguador. Entre los resultados cabe destacar cómo el desempleo influye negativamente sobre el mismo apoyo social proveniente de las relaciones de pareja y de familia. Se pone de manifiesto la interdependencia e implicaciones existentes entre el evento stressante y el apoyo social.

Aneshensel y Stone (1982) constataron también el papel amortiguador del apoyo social en la aparición de síntomas depresivos. El stress conduce a la depresión y su impacto es modificado de forma significativa por el apoyo social. La existencia de apoyo actúa "afirmando la propia identidad individual, facilitando las dimensiones cognitivas de resolver problemas y asegurando al individuo que será cuidado, valorado y estimado".

Bolton y Oatley (1983) mediante la realización de un estudio longitudinal, observaron que el desempleo aumenta la proporción de trastornos depresivos, mientras que las medidas de apoyo se convierten en un factor predictivo de primer orden en la aparición o no de dichos trastornos.

Kabanoff (1982) revisa las investigaciones realizadas sobre el desempleo, concluyendo que el requisito esencial para el *coping* consiste en promover y desarrollar las capacidades de cada individuo, destacando la autoestima y el locus de control como los dos principales criterios de transformación personal. Kabanoff destaca al mismo tiempo el apoyo social como la variable moderadora más importante en la amortiguación del stress que produce el desempleo. Mediante el apoyo social la gente desempleada puede sentir que sus actitudes y comportamiento forman parte todavía de alguna red social valorada. El apoyo social les lleva a percibirse no como desempleados sino como amigos, hijos o padres, miembros de un grupo dentro del cual tienen la oportunidad de dar y recibir.

En el estudio longitudinal realizado en Detroit (Ferman y Gordus, 1979) pudo constarse que los efectos psicológicos del desempleo estuvieron aminorados sensiblemente por el apoyo emocional que proporcionaban las mujeres a sus maridos desempleados. Por el contrario cuando las relaciones entre el trabajador y su familia eran débiles o conflictivas las consecuencias resultaban negativas o devastadoras.

Morch (1987) por su parte, pudo constatar que la relación del desempleo aparece relacionada con la necesidad de apoyo emocional; y la eficacia del apoyo varía según la fuente de la que proviene, resultando más beneficioso el apoyo social proveniente de las relaciones de pareja.

Así mismo Halford y Learner (1984), Frazier (1983), Parry (1986) y Buendía (1989), entre otros, ponen también de manifiesto el papel del apoyo social como mecanismo de *coping* para contrarrestar los efectos psicológicos que produce el desempleo.

Todas estas cuestiones parecen pues especialmente apropiadas a la hora de analizar el fenómeno del desempleo, y sobre todo cuando hay que planificar y llevar a cabo intervenciones a nivel social y comunitario. En la elaboración de programas de apoyo a la población desempleada, estimamos que debe tenerse especialmente en cuenta el mundo interno de estas personas, en el que ocupa un papel muy importante tanto el autoconcepto y las creencias de la población sobre su propia situación de desempleo, como los recursos personales y apoyos sociales.

Referencias

- Abbot, M. (1984). Unemployment responses from a community mental health perspective. *Mental Health in Australia*, 12, 24-31.
- Abramson, L.Y., Seligman, M.E.P. y Teasdale, J. (1978). Learned helplessness in humans: Critique and reformulation. *Journal of Abnormal Psychology*, 87, 49-79.
- Amiel, R. (1986). *Entreprise Santé. Manuel de psychopathologie du travail et de psychiatrie sociale*. Paris: Maloine.
- Aneshensel, C.S. y Stone, J.D. (1982). Stress and Depression. *Arch. gen. psychiatry*, 39, 1392-1396.
- Apple, M.W. (1986). Double Depression: Schooling, unemployment and family life in the Eighties. *Comparative Education Review*, 30 (4), 408-610.
- Atkinson, T., Liem, R. y Liem, J.H. (1986). The social costs of unemployment: Implications for social support. *Journal of Health and Social Behavior*, 27 (4), 317-331.
- Bakke, E.W. (1933). *The unemployed man*. Londres: Nisbet.
- Bakke, E.W. (1940). *Citizens without work*. New Haven, Con.: Yale University Press.
- Banks, M.H. (1980). The use of the General Health Questionnaire as an indicator of mental health in occupational studies. *J. of Occupational Psychology*, 53, 187-194.
- Banks, M.H. y Jackson, P.R. (1982). Unemployment and risk of minor psychiatric disorder in young people: cross-sectional and longitudinal evidence. *Psychological Medicine*, 12, 789-798.
- Beales, A.L. y Lambert, R.S. (1934). *Memoirs of the Unemployed*. Londres: Gollancz.
- Bolton, W. y Oatley, K. (1983). A prospective study of unemployment and a theory of depression. *Bulletin of the British Psychological Society*, 36, A39-A83.
- Bolton, W. y Oatley, K. (1987). A longitudinal study of social support and depression in unemployed men. *Psychological Medicine*, 17 (2), 453-60.
- Borrero, I.M. (1980). Psychological and emotional impact of unemployment. *Journal of Sociology and Social Welfare*, 7, 916-934.
- Brenner, M.H. (1973). *Mental Illness and the Economy*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Brinkmann, C. (1981). Finanzielle und psycho-soziale Belastungen während der Arbeitslosigkeit. En A. Wacker (Ed.), *Vom Scholck zum Fatalismus?*. Frankfurt: Campus Verlag.
- Buendía, J. (1989). Aspectos psicológicos y psicopatológicos del desempleo: depresión y apoyo social. *Psiquis*, 2, 47-53.
- De Grace, G.R. y Joshi, P. (1986). Estime de soi, solitude et depression chez les chomeurs diplomes, d'universite selon la duree du chomage: Une comparaison avec les non diplomes. *Canadian Journal of Community Mental Health*, 5 (1), 99-109.
- Delivre, J. (1982). Chomage et sante mentale. *Arch. Mal. Prof.*, 2, 147-149. -no está en texto---
- Depolo, M. (1985). La problematica psicosociale della disoccupazione. *Giornale Italiano di Psicologia Clinica*, 12 (1), 21-43.
- Donovan, A. y Oddy, M. (1982). Psychological aspects of unemployment: An investigation into the emotional and social adjustment of school leavers. *Journal of Adolescence*, 5, 15-30.
- Eisenberg, P. y Lazarsfeld, P.F. (1938). The psychological effects of unemployment. *Psychological Bulletin*, 35, 358-90.
- Fagin, L. (1987). Stress y desempleo. *Rev. Asoc. Esp. Neuropsiquiatria*, 7 (nº21), 265-276.
- Feather, N.T. (1982). Unemployment and its psychological correlates: A study of depressive symptoms, self-esteem, protestant ethic values, attributional style and apathy. *Australian Journal of Psychology*, 34, 309-323.
- Feather, N.T. (1983). Causal attributions beliefs about work and unemployment among adolescents in state and independent secondary schools. *Australian Journal of Psychology*, 35, 211-232.
- Feather, N.T. y Barber, J.G. (1983). Depressive reactions and unemployment. *Journal of Abnormal Psychology*, 92, 185-195.
- Feather, N.T. y Davenport, P.R. (1981). Unemployment and depressive affect: A motivational and attributional analysis. *Journal of Personality and Social Psychology* 41, 422-436.
- Ferman, L. y Gordus, J. (1979). *Mental health and the economy*. Kalamazoo, Mich: Upjohn Foundation.
- Frazier, C.L. (1983). Depression self-esteem, and physical health as a function of social support in the elderly. *Dissertation Abstracts*, part B 44:1, 306B.

- Frese, M. (1987). Alleviating depression in the unemployed: Adequate financial support, hope and early retirement. Special Issue: Unemployment and health. *Social Science and Medicine*, 25 (2), 213-215.
- Frese, M. y Mohr, G. (1987). Prolonged unemployment and depression in older workers: A longitudinal study of intervening variables. *Social Science and Medicine*, 25 (2) 173-178.
- Friedemann, M.L. (1986). Family economic stress and unemployment: Child's peer behavior and parents' depression. *Child Study Journal*, 16 (2), 125-142.
- Fryer, D. y Payne, R. (1984). Proactive Behaviour in unemployment: Findings and Implications. *Leisure studies*, 3, 273-295.
- Furnham, A. (1982). Explanations for unemployment in Britain. *European Journal of Social Psychology*, 12, 335.
- Gore, S. (1978). The effects of social support in moderating the health consequences of unemployment. *Journal of Health and Social Behavior*, 19, 157-165.
- Gurney, R. (1980). The effects of unemployment on the psychosocial development of school-leavers. *Journal of occupational psychology*, 53, 205-213.
- Halford, W.K. y Learner, E. (1984). Correlates of coping with unemployment in young Australians. *Australian Psychologist*, 19 (3), 333-344.
- Hayes, J. y Nutman, P. (1981). *Understanding the unemployed*. Londres: Tavistock.
- Hill, J. (1978). The psychological impact of unemployment. *New Society*, 19 January, 118-120.
- Jackson, P.R. y Warr, P.B. (1984). Unemployment and psychological ill-health: The moderating role of duration and age. *Psychological Medicine*, 14, 605-614.
- Jackson, P.R., Stafford, E.M., Banks, M.H. y Warr, P.B. (1983). Unemployment and Psychological distress in young people: the moderating role of employment commitment. *Journal of Applied Psychology*, 68, 525-535.
- Jahoda, M. (1979). The impact of unemployment in the 1930's and the 1970's. *Bulletin of the British Psychological Society*, 32, 309-314.
- Jahoda, M. (1982). *Employment and unemployment*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Jahoda, M., Lazarsfeld, P.F. y Zeisel, H. (1933). *Marienthal. The Sociography of an unemployed community*. Londres: Tavistock.
- Johnson-Saylor, M.T. (1984). Unemployment and health: Issues in a primary care nursing practice. *Public Health Nurs.*, 1 (2), 74-84.
- Kabanoff, B. (1982). Psychological effects of unemployment: A consideration of some alternative explanations. *Australian and New Zealand Journal of Psychiatry*, 16 (2), 37-42.
- Kasl, S.V., Gore, S. y Cobbs, F. (1975). The experience of losing a job : reported changes in health, symptoms and illness behaviour. *Psychosomatic Medicine*, 37 (2), 107-121.
- Keefe, TH. (1984). The stresses of unemployment. *Social Work*, 29 (3), 264-268.
- Kelvin, P. y Jarrett, J.E. (1985). *Unemployment. Its social psychological effects*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mardsen, D. y Duff, F. (1975). *Workless: some unemployed men and their families*. Londres: Penguin Books.
- Morch, H. (1987). *Coping with unemployment among young danes: an empirical study of the differential effects of individual coping and social support*. Nueva York: Nueva York University.
- Morris, J.N. y Titmus, R.N. (1944). *Health and Social Change: a recent history of Rheumatic Heart Disease*. Medical officer.
- O'Brien, G.E. y Kabanoff, B. (1979). Comparison of unemployed and employed workers on values, locus of control and health variables. *Australian Psychologist*, 14, 143-154.
- Olafsson, O. y Svensson, P. (1986). Unemployment-related lifestyle changes and health disturbances in adolescents and children in the western countries. *Soc. Sci. Med.*, 22 (11), 1105-1113.
- Ortega Ricoma, P. (1982). El paro una nueva patogenia. *La Vanguardia*, nº especial sobre el paro.
- Ostell, A. y Divers, P. (1987). Attributional style, unemployment and mental health. *Journal of occupational Psychology*, 60 (4), 333-337.
- Parry, G. (1986). Paid Employment, life events, social support, and mental health in working-class mothers. *Journal of Health and Social Behavior*, 27 (2) 193-208.
- Patton W. y Noller, P. (1984). Unemployment and youth: A longitudinal study. *Australian Journal of Psychology*, 36, 399-413.
- Penta, L. (1980). Response to involuntary unemployment as a function of locus of control. *Dissertation abstracts international*, 41, O2-B, 675.

- Pothier, J. (1982). Le Chomeur devant son médecin. *Panorama du Medicin*, 1375, 1376, 1322, 1326, 1331.
- Rodríguez, A., Domenech, M. y García, J.M.A. (1982). Paro laboral y alteraciones familiares. *VII Cong. Nac. Psic.* Santiago.
- Sasseville, M. y Grinberg, F. (1987). Chomage et sante mentale. *Canadian Journal Psychiatry*, 32(9), 798-802.
- Schwefel, D. (1984). Unemployment and mental health . Perspectives from the Federal Republic of Germany. *International Journal of Mental Health*, 13, 35-50.
- Shamir, B. (1985). Self-esteem and Psychological Impact of Unemployment. *American Sociological Association*.
- Stafford, E.M. (1980). Employment, work involvement and mental health in less qualified young people. *Journal of occupational Psychology*, 53, 291-304.
- Stokes, G. (1981). *Unemployment among school-leavers*. University of Birmingham.
- Swinburn, P. (1981). The psychological impact of unemployment on managers and professional staff. *Journal of Occupational Psychology*, 54, 47-65.
- Tarilonte Diez (1983). Repercusiones psicosociales del paro. *I Congreso Nacional de Psicología del Trabajo*. Madrid.
- Tennen, H. y Herzberger, S. (1987). Depression, self-protective attributional biases. *Journal of Personality and Social Psychology*, 52, 72-80.
- Tiffany, D.,; Cowan, J. y Tiffany, P. (1970). *The unemployed: A social psychological portrait*. Englewood cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Tiggeman, M. y Winefield, A.H. (1984). The effects of unemployment on the mood, self-esteem, locus of control, and depressive affect of school leavers. *Journal of occupational Psychology*, 57, 33-42.
- Touraine, A. (1988). *Quel emploi pour les jeunes?* Paris: UNESCO.
- Ullah, P., Banks, M. y Warr, P. (1985). Social support, social pressures and psychological distress during unemployment. *Psychological Medicine*, 15, 283-295.
- Viney, L.L. (1985). "They call you a dole bludger": Some experiences of unemployment. *Journal of Community Psychology*, 13 (1), 31-45.
- Vinokur, A., Caplan, R.D. y Williams, C.C. (1987). Effects of recent and past stress on mental health: Coping with unemployment among Vietnam veterans and nonveterans. *Journal of Applied Social Psychology*, 17 (8), 710-730.
- Voydanoff, P. (1983). Unemployment and Family stress. *Research in the Interweave of social roles*, 3, 239-250.
- Warr, P.B. (1982). Psychological aspects of employment and unemployment. *Psychological Medicine*, 12 (1) 7-11.
- Warr, P.B. (1983). Work ,jobs and unemployment. *Bulletin of the British Psychological society*, 36, A39-A83.
- Warr, P.B. (1984). Job loss, unemployment and psychological well-being. En V.L. Allen y E. Van de Vliert (Eds.), *Role Transitions* (pp. 263-285). Nueva York: Plenum Press.
- Winefield, A.H. y Tiggemann, M. (1989). Job loss vs. failure to find work as psychological stressors in the young unemployed. *Journal of occupational psychology*, 62(1), 79-86.

Original recibido: 22-1-90

Aceptado: 22-2-90